

ITINERARIO INCONCLUSO

Roberto López Moreno

ITINERARIO INCONCLUSO

En tu cuerpo de sal y fuego y resistencia se te arrodilla el mar con toda su interna enteridad de espuma. Los pendones del mar marean tu pelo; los ritmos de este mar golpean tus venas con el machete de la luna; los huracanes del mar son tu lenguaje; el resumen del mar está en tus ojos, en ellos me sumo, me resumo; en el zumo del mar doy con la vida. Arrodillarte, mar, en esta playa, bandera de nuestra cal, muy cuerpo adentro; hembra de espuma, varón de oleajes, macho líquido, soplo de sal sobre esta playa que estás sobré la tierra. En tu cuerpo se arrodilla el mar, se nos hinca sobre este quehacer de barro que sustentamos en los telares del tiempo; se disuelve en ti, cresta de yodo, después de retumbar misteriosas lejanías. Entonces reconoces la voz salobre del abuelo, gigante movedizo... y estremeces. Estremezco frente a este oleaje preñado de secretos. Dentro de la hendidura del día y de la noche a golpe horizontal de manecillas, el polvo se filtra amotinado, después... el mar se pacifica.

Cuando los marineros cruzan el océano trazan una raya de sangre sobre la piel primera. Las canciones que cantan en la hora en punto se ahogan ayer enredadas en las redes vegetales de las algas en los minutos en que empezaron, a nado, a dictar su latido de relojes. Los marineros no cantan, son un invento de las olas pero ellos saben, y navegan. Quién sabe en qué islas de lo ignoto mantienen escondidos los nidos de las horas, los cofres oxidados de este día; un día se casan con la mar y otro día el mar se los traga de un bocado.

Pero ellos permanecen en cubierta, a cubierto del tiempo que los mece, juguetitos del mar, ola tan ola. Y una vez que del mar soy este barro hecho canción de sal, echo ancla fondeando las entrañas paridas de la espuma. Pequeño marinero sin timón, sin brújula, sin vela, grito: “Tierra a la vista” y me visto de venas y follaje, y me instalo en la boca de principio el terriento sabor de los adioses. Los marineros llegan a la orilla y coitean con las costillas de la tierra.

en dos columnas vitales	<i>pez nutrido a tierra y agua</i>
un sol de sal amanece,	<i>de encendidos manantiales,</i>
en las ondas desiguales	<i>levanta la voz del alba,</i>
su sexo sabio sumerge,	<i>sobre la patria del aire,</i>
preña las profundidades,	<i>crece el aire de sus alas</i>
con su savia y sabiamente	<i>pez nutricio en la simiente</i>
le nace, parto de sales,	<i>buey que entre las olas ara</i>
su harina de pan	<i>su harina de pan terrestre,</i>
terrestre,	

Te has vestido de verde en esta hora, el mar te lavó los pies sobre la arena, yo te lavo la arena de los labios, tu líquida humedad de trino a vuelo con que mides abuelos y bisnietos. La selva se nos vino encima como una noche vegetal e insomne y tú ruges poder bajo mi peso. Mientras los grillos nos cosquillan las orejas vamos creciendo el musgo en nuestros cuerpos, sobre él caminan insectos y canciones; crece la pantera de tu sangre mientras la ceiba se iza en las astasbanderas de la magia. Erecto el monte se adivina daga verde, la lluvia monta su fragor en él; quedan preñados los vientres tropicales

con cigarras y epinicios; porque sangras late la tierra fértil; se hace el camino que se tiende del ocaso hacia la aurora; a lo lejos, la marimba dialoga con un viento entretenido con un arpa de bejucos; después, el sol es un quetzal de vuelo lento. Yo traigo la canción del mar, la que fecunda; doblego tiernamente tus murallas de caoba, somos en un abrazo el brazo, el ojo, el pelo del musgo. De pronto nos amenaza el mar... después te canta entre las piernas... ahora en tu cuerpo se arrodilla el mar y te deja con un peine de pájaros el que peines el fuego que te incendia.

Los leñadores conocen los caminos de la selva, en cada hachazo hieren al mundo... conocen los caminos... Tú conoces el mar y el hacha de los leñadores. Te coronas de frutos para seguir viviendo después y más allá de que te clave mis filos amorosos. Un oscuro leñador me maneja entre sombras el golpe preciso de la dentadura. La luna es un tambor arriba. Abajo, el leñador, guadaña al hombro, nos cerca de un golpe la cabeza mientras en torno todo danza. Nosotros, a barro y agua y carne y mediodía nos volvemos a hacer pacientemente.

<i>sobre dos troncos tendidos</i>	sobre dos troncos tendidos
<i>cabalga un caballo verde</i>	en esta punta del puente
<i>lleva en la crin encendidos</i>	recuerdos; son los trinos
<i>lentiojuelos que le muerden</i>	sonido de son ausente,
<i>la llaga de los caminos,</i>	de la luna hasta el abismo
<i>las cascadas de la fiebre,</i>	la espuela sola se hiere,
<i>distancia de polvo herido</i>	polvo de verde latido
<i>la de este caballo verde</i>	que sobre el polvo se pierde

Ahora llueve sobre el Valle de México, una ráfaga de halcones electriza el aire; las esquinas se pueblan de médicos y prostitutas. La ciudad es una gran mordaza de cemento en donde se convive con dientes apretados. A la derecha dos volcanes duermen sobre su cama de siglos y de nieve. A la izquierda el sol se oculta rojamente y baja a preguntar por nuestros muertos. Entonces apareces tú, de nuevo entera, con tu vestido de cal y de tezontle, con tu larga cabellera salpicada por cocuyos de difíciles voltajes. A la salida de un cine, un comefuego en vano trata de incendiar la noche y es apenas como un bobo mosquito de lumbre en tus orejas. Me acuesto junto a ti y un policía me exige la licencia para el sueño. En esta gran casa luminada llueve y no llueve al mismo tiempo que se vive y no vive por todos y por nadie. Adentro te desnudo largamente este cuerpo tatuado con soles exclusivos y lunas remendadas. Hacemos el amor en los elevadores y regresamos a la piel dolida paladeando atmósferas cerradas en las alcantarillas de este mundo. Somos la ciudad de brazos múltiples, el todo y el nada en este motín de halcones que electriza el aire, que enlista los pelos erizados del silencio. Entrampados tempraneros corremos los nudos de las corbatas sobre el cuello, y todo lo que estorba a ese hora, el café, la nostalgia, los recuerdos, el beso matutino, labio a pulso, se queda en el camión de la basura, campanero, sonaja de la calle.

Esta ciudad, tu cuerpo, mi tacto lleno de rumores, de venas palpitantes, se extiende desde las lomas de tus senos hasta tus pies hermanados con la tierra. Recorremos tu cuerpo mano a mano, ciudad del estremecimiento, sobresalto nuestro. Sobre este enorme cuerpo me pregunto: los pezones que bate Nueva York en su hora atlántica; el vientre de tu vientre, o este ombliguito, el pequeño universo apretado de Ayozingo, en qué difieren al

punto del latido más profundo. Mira la vida desde este campanario, el paridero vegetal que nos rodea; alza tu cuerpo sobre el pie que sube, pirámide del tiempo piedra a piedra, tan nuestra, hoy; soles que ascienden las escalinatas; claustros que se desvanecen en el aire; milpas que estallan verde. Sobre el Valle de México llueven sus dos volcanes... y el Ajusco... Tú eres la ciudad desde tus pinceles vegetales, desde cualquier punto de agua y de la selva, desde el mar. Y aquí estamos en las redes del cemento haciendo el canto cotidiano; volvemos al Zócalo del día, a agitar nuestra bandera de reclamo, nuestra pancarta, nuestra consigna, nuestro derecho a vivir en nuestra llama. Hoy, a la sombra de esta sombra de silencio bullicioso, en algún rincón me rehago, me busco a reconocerme, me lloro fiesta plena; me dejo caer desde los edificios para mirar que vuelo; monto en cólera de letra oscura y así, sobre este jamelgo resonante, recorro la espina dorsal de la noche, hasta que mi diezmada tropa de tropos tropiece con el tiempo de la aurora.